

El Gobierno del Alma

La formación del yo [self]*_ privado**_

Nikolas Rose

Introducción

No creo que debamos considerar al “Estado moderno” como una entidad que se ha desarrollado por encima de los individuos, ignorando lo que son y aun incluso su propia existencia, sino, por el contrario, como una estructura muy sofisticada en la que los individuos pueden integrarse con una condición: que su individualidad debe configurarse de una forma nueva, y someterse a un conjunto de patrones muy específicos.

Michel Foucault, 1982

Nuestras vidas íntimas, nuestros sentimientos, deseos y aspiraciones, parecen ser esencialmente personales. Al vivir en un tiempo en el estamos rodeados de la información pública sobre problemas que se presentan como abrumadores -guerra, hambrunas, injusticia, pobreza, enfermedades, terrorismo- nuestros estados mentales, las experiencias subjetivas y las relaciones íntimas se ofrecen quizás como el único lugar donde encontrar nuestros yoes privados reales. Es, sin duda, muy cómodo sustentarse por tal creencia. Pero ésta es profundamente engañosa.

Nuestras personalidades, subjetividades y “relaciones” no son cuestiones privadas, si esto significa que no son objetos del poder. Por el contrario están intensamente gobernadas. Quizás siempre lo estuvieron. Las convenciones sociales, el escrutinio de la comunidad, las formas legales, las obligaciones familiares y los mandatos religiosos han ejercitado un intenso poder sobre el alma humana en tiempos pasados y en distintas culturas. La conducta, el habla y la emoción han sido examinados y evaluados a partir de los estados internos que ellos manifiestan, y se ha intentado alterar lo visible de la persona actuando sobre su mundo interior invisible. Los pensamientos, sentimientos y acciones pueden parecer el propio tejido y la constitución del yo íntimo, pero están socialmente organizados y administrados hasta en sus más pequeños detalles.

Sin embargo, la gestión del yo contemporáneo se distingue, al menos, en tres cuestiones. Primero, las capacidades personales y subjetivas de los ciudadanos han sido incorporadas al ámbito y las aspiraciones de los poderes públicos. Esto no sólo se vincula con el nivel de las especulaciones políticas abstractas, sino también con el nivel de las estrategias sociales y políticas y de las instituciones y técnicas de administración y regulación. Aunque sería demasiado decir que nuestros gobernantes interpretaron sus tareas enteramente o en buena medida en términos de la vida interior de los ciudadanos, la subjetividad ha entrado en los cálculos de las fuerzas políticas sobre el estado de la nación, sobre los problemas y posibilidades que enfrenta un país, sobre prioridades y políticas. Los gobiernos y los partidos de todo el

espectro político han formulado políticas, preparado maquinarias, establecido burocracias y promovido iniciativas para regular la conducta de los ciudadanos, actuando sobre sus capacidades y predisposiciones mentales.

La manifestación más obvia ha sido el complejo aparato que focalizado sobre el niño: el sistema de bienestar infantil, la escuela, es sistema de justicia juvenil y la educación y vigilancia de los padres. Pero la regulación de las capacidades subjetivas se ha infiltrado de forma extensa y profunda en nuestra existencia social. Cuando los ministros y los funcionarios, los informes oficiales y cosas similares, se preocupan con eficiencia militar y piensan en términos de ajustar al hombre al trabajo, cuando interpretan la productividad industrial en términos de motivación y satisfacción del trabajador, o cuando se plantea el problema social del crecimiento del divorcio en términos del estrés psicológico del matrimonio, el “alma” de los ciudadanos ha entrado directamente en el discurso político y en la práctica de gobierno.

En segundo lugar, la administración de la subjetividad se ha convertido en una tarea central para la organización moderna. Las organizaciones han venido a llenar el espacio entre la vida “privada” de los ciudadanos y las preocupaciones “públicas” de los gobernantes. Oficinas, fábricas, aerolíneas, colegios, hospitales, prisiones, ejércitos y escuelas, todas implican una administración calculada de las fuerzas y poderes humanos para alcanzar los objetivos de la institución. Muchos ingredientes claramente se incluyen en la gestión de la vida de las organizaciones. Pero en menor o mayor extensión, jefes, comandantes militares, educadores y otros ahora están obligados a ocuparse de la subjetividad del empleado, del soldado o del alumno para alcanzar sus objetivos. Cuando el ejército, por ejemplo, busca minimizar la indisciplina y el derrumbe en las tropas y aumentar la eficacia en el combate, por la vía de la ubicación racional de los individuos en las actividades en función del conocimiento de su inteligencia, personalidad o aptitudes, la subjetividad humana se ha convertido en un elemento clave para el poder militar. Es cuando los industriales buscan incrementar su productividad y la armonía a través de la adaptación de las prácticas de trabajo, a la luz de las consideraciones sobre la dinámica de grupo, que la intersubjetividad se ha vuelto central para la autoridad gerencial. La vida de las organizaciones, puede decirse, ha asumido una tendencia psicológica.

En tercer lugar, hemos presenciado el nacimiento de una nueva forma de saber experto, un saber experto sobre la subjetividad. Toda una familia de nuevos grupos profesionales se propagó, cada uno afirmando su virtuosismo respecto del yo, en clasificar y medir la psiquis, en predecir sus vicisitudes, en diagnosticar las causas de sus problemas y prescribir remedios. No solo los psicólogos –clínicos, ocupacionales, educacionales- sino también trabajadores sociales, gerentes de personal, oficiales que supervisan la libertad condicional, consejeros y terapeutas de diferentes escuelas y filiaciones, han basado su pretensión de autoridad social en su capacidad para entender los aspectos psicológicos de las personas y actuar sobre ellos, o para aconsejar a otros cómo actuar. Los poderes cada vez más diversos de estos “ingenieros del alma humana” parecen manifestar algo profundamente novedoso en las relaciones de autoridad relativas al yo.

Estas nuevas formas de pensar y actuar no solo incumben a las autoridades. Nos afectan a cada uno de nosotros, en nuestras creencias personales, deseos y aspiraciones, en otras palabras, en nuestra ética. Los nuevos lenguajes que para construirnos, entendernos y evaluarnos a nosotros mismos y a otros han transformado la forma en que interactuamos con nuestros jefes, empleados, colegas, esposos, esposas, amantes, madres, padres, niños y amigos. Han sido reconstruidos nuestros mundos de pensamiento, nuestras formas de pensar y hablar de nuestros sentimientos, nuestras esperanzas secretas, nuestras ambiciones y desilusiones. Nuestras técnicas para manejar nuestras emociones han sido reformadas y el propio sentido de nosotros mismos ha sido revolucionado. Nos hemos convertido en seres intensamente subjetivos.

Los estudios que siguen intentan rastrear algunas de las formas en las que, en las sociedades modernas, se acuerda en dar un rol central a estos aspectos subjetivos de la vida de los individuos en tanto conducen su comercio con el mundo, con otros y con ellos mismas. Las investigaciones que llevo a cabo tratan de describir las condiciones dentro de las cuales han tomado forma nuevas redes de poder, las esperanzas y los miedos que se encuentran detrás de ellas, las nuevas formas de pensar y de actuar que han sido introducidas en nuestra realidad. Mi enfoque difiere de aquellos que se han hecho mas influyentes en la literatura sociológica reciente. Esta literatura se caracteriza por el uso de un limitado grupo de *tropos* interpretativos y críticos: el empresariado moral de los grupos profesionales; la medicalización de los problemas sociales; la extensión del control social; la naturaleza ideológica de las pretensiones del conocimiento; los intereses sociales de los científicos; las ciencias psicológicas como legitimadoras de la dominación. Este paradigma de la “socio-crítica”, si se me permite el término, efectivamente resalta aspectos significativos sobre el surgimiento de estos nuevos conocimientos y estas nuevas técnicas. Pero encuentro esta perspectiva sobre las relaciones entre las ciencias psicológicas, las profesiones psicológicas y la organización del poder político, limitada en varios aspectos.

La socio-crítica implica que este conocimiento de la vida subjetiva es, en un sentido significativo, falso o deficiente; incluso, afirma que quizás es debido a su falsedad que puede tener un rol en los sistemas de dominación. El conocimiento, en otras palabras, es evaluado en términos epistemológicos. Mi interés y preocupación es diferente. No con la verdad, en algún sentido filosófico, sino con las formas en que los sistemas de verdad son establecidos, la forma en que los enunciado son producidos y evaluados, con los “aparatos” de verdad –los conceptos, las reglas, autoridades, procedimientos, métodos y técnicas a través de los cuales las verdades son realizadas. Me intereso en los nuevos regímenes de verdad instalados por los saberes sobre la subjetividad, las nuevas formas de decir cosas plausibles sobre otros seres humanos y sobre nosotros mismos, la nueva distribución de aquellos que pueden hablar la verdad y aquellos que están sujetos a ella, en las nuevas formas de pensar sobre lo que podría hacerse con ellos y con nosotros.

La socio-crítica implica que las ciencias psicológicas y sus practicantes son socialmente efectivos en tanto participan en la dominación de la

subjetividad de los individuos. La subjetividad aquí aparece como un dato esencial; las sociedades deberán ser evaluadas según el grado en que se la reprime o se la respeta. Me gustaría formular la pregunta inversa: ¿Cómo es que la subjetividad misma se ha transformado, en sus diferentes apariencias y concepciones, en la medida de los sistemas políticos y las relaciones de poder? Las relaciones entre poder y subjetividad, desde esta perspectiva, no están confinadas a las de constricción o represión de la libertad del individuo. De hecho, las características distintivas del conocimiento y del saber experto modernos sobre la psiquis tienen que ver con su rol en la estimulación de la subjetividad, promoviendo la auto-inspección y la conciencia de uno mismo, formando deseos, buscando maximizar las capacidades intelectuales. Todo esto resulta fundamental para la producción de individuos “libres para elegir”, cuyas vidas se vuelven valiosas en la medida en que están imbuidas de sentimientos subjetivos de un placer significativo.

La socio-crítica ve al conocimiento y las técnicas psicológicas como soportes de relaciones de poder. Quizás es así, pero su rol es más fundamental de lo que esto implica. Esta forma de pensar no logra captar los nuevos efectos que producen, las conexiones novedosas que establecen entre los propósitos de las autoridades y los proyectos individuales de vida. Por lo tanto, su rol es mucho más que la legitimación de poder. Forjan nuevos alineamientos entre las racionalidades y técnicas de poder y los valores y éticas de las sociedades democráticas.

La socio-crítica tiende a insinuar que los orígenes y el éxito de esos conocimientos y técnicas puede ser explicado en términos de la funcionalidad que tiene para el Estado. Yo veo las cosas de una forma algo diferente. En lugar de hablar en términos de Estado, prefiero hablar en términos de “gobierno”. El gobierno, en el sentido en el que uso este término, no se refiere a las acciones de un sujeto político calculador, ni a las operaciones de los mecanismos burocráticos y la gestión del personal. Describe, más bien, una forma del intento de alcanzar fines sociales y políticos actuando de forma calculada sobre las fuerzas, actividades y relaciones de los individuos que constituyen una población. Durante los siglos XIX y XX, los territorios nacionales de Europa y Estados Unidos han sido atravesados con programas para la gestión y reconstrucción de la vida social en función de producir seguridad para la propiedad y las riquezas, beneficios y eficiencia para la producción, virtud pública, tranquilidad e incluso, felicidad. Y la subjetividad se ha convertido en un recurso vital para la administración de los asuntos de la nación.

La gubernamentalidad, como Michel Foucault la denominó, se ha convertido en el suelo común de todas las formas de racionalidad política modernas en tanto interpretar las tareas de los gobernantes en términos de una supervisión calculada y una maximización de las fuerzas de la sociedad. La gubernamentalidad es el “conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esta forma tan específica y compleja de poder, que tiene como meta principal la población”. Para todos los sistemas de gobierno occidentales desde el siglo XVIII, la población ha aparecido como el terreno del gobierno *par*

excellence. No se trata del ejercicio de la soberanía, si bien ésta juega una parte. No se trata de la gestión de la vida de la nación como si fuera una familia, si bien la familia en sí misma es un instrumento vital de gobierno, sino de la regulación de los procesos propios de la población, las leyes que modulan su bienestar, salud, longevidad y su capacidad para emprender guerras y para comprometerse con el trabajo, etc. Más que el Estado extendiendo su dominio en la sociedad a través de la extensión de su aparato de control, necesitamos pensar en términos de la “gubernamentalización del Estado” – una transformación de las racionalidades y las tecnologías para el ejercicio de la dominación política.

Con la entrada de la población en el pensamiento político, el gobierno toma como sus objetos fenómenos como el número de sujetos, sus edades, su longevidad, sus enfermedades y tipos de muertes, sus hábitos y vicios, sus tasas de reproducción. Las acciones y los cálculos de las autoridades están dirigidas a nuevas tareas: cómo maximizar las fuerzas de la población y de cada uno de sus individuos, como minimizar sus problemas, como organizarlos de la forma más eficiente. El nacimiento y la historia de los conocimientos de la subjetividad e intersubjetividad están ligados intrínsecamente con los programas que descubrieron para gobernar sujetos necesitaban conocerlos. Las preguntas que plantea la gubernamentalidad marcaron el territorio en el que vendrían a jugar un rol clave las ciencias psicológicas, con sus sistemas conceptuales, innovaciones técnicas, modos de explicación y formas de las prácticas del experto.

Dos aspectos del gobierno son de particularmente significativas para entender la parte que estas ciencias han jugado en la vinculación de la vida subjetiva e intersubjetiva con los sistemas de poder político. El primero es que el gobierno depende del conocimiento. Por un lado, para gobernar a una población es necesario aislar un sector de la realidad e identificar ciertas características y procesos propios, para hacerlos notorios, decibles, pasibles de escritura, para dar cuenta de ellas según ciertos esquemas explicativos. El gobierno, entonces, depende de la producción, circulación, organización y autorización de verdades que encarnan lo que lo que debe ser gobernado, que lo hacen pensable, calculable y practicable.

Por otro lado, gobernar una población requiere un tipo distinto de conocimiento. Para hacer ciertos cálculos sobre una población es necesario resaltar algunas de sus características

como material en bruto de cálculo, y se requiere información sobre ella. El conocimiento adquiere aquí una forma física; se requiere la transcripción de ciertos fenómenos -como un nacimiento, una muerte, un casamiento, una enfermedad, el número de personas que viven en tal o cual casa, sus tipos de trabajo, sus dietas, bienestar o pobreza-, en un material sobre el cual pueda trabajar el cálculo político. El cálculo, en otras palabras, depende de procesos de “inscripción” que traducen el mundo en registros materiales: reportes escritos, dibujos, mapas, cartas y, sobre todo, números.

La invención de programas de gobierno implicó necesariamente una “avalancha de números impresos”, que hicieron que la población fuese calculable, al transformarla en registros durables y transportables, que podían ser acumulados en las oficinas de los funcionarios, que podían ser sumados, restados, comparados y contrastados. Estas técnicas de inscripción fueron bautizadas con el nombre de “estadística”. Desde el siglo XVII, pasando por los siglos XVIII y XIX, la estadística –ciencia del Estado- comenzó a transcribir los atributos de la población de tal modo que pudieran entrar en los cálculos de los gobernantes. La cantidad de habitantes, sus edades, sus lugares de domicilio y sus formas de habitarlos, sus empleos, sus nacimientos, enfermedades y muertes – todo esto fue anotado y transcrito. Se transformaron en cifras que se reunían en lugares centralizados; la población incontrolable fue procesada en formas que podían ser utilizadas en discusiones políticas y decisiones administrativas.

La transformación de la población en números que podían ser utilizados en los debates y cálculos políticos y administrativos iba a extenderse, a partir del siglo XIX, a nuevos dominios. Las sociedades de estadística de Gran Bretaña se dedicarían a la compilación de listas y tablas de ordenamiento doméstico, de tipos de empleo, dieta, y grados de pobreza y necesidad. Y se construyeron topografías morales de la población, haciendo mapas de la pobreza, la delincuencia, el crimen y la locura, en términos espaciales y temporales, y sacando todo tipo de conclusiones sobre los cambios en las tasas de patología, sobre sus causas y las medidas necesarias para mejorarlas. Las capacidades de los sujetos comenzaron a ser pertinentes para el gobierno, y empezaron a estar disponibles en una nueva forma.

La dependencia del gobierno respecto del conocimiento, en estos dos sentidos, nos permite apreciar el rol que la psicología, la psiquiatría y las demás ciencias “psi” desempeñaron dentro de los sistemas de poder en los cuales los sujetos humanos han estado inmersos. El sistema conceptual ideado dentro de las ciencias “humanas”, los lenguajes de análisis y explicación que fueron inventados, las formas de hablar sobre la conducta humana que constituyeron, proveyeron los medios gracias a los cuales la subjetividad y la intersubjetividad pudieron entrar en los cálculos de las autoridades. Por un lado, las características subjetivas de la vida humana pudieron convertirse en elementos inteligibles para la economía, la organización, la prisión, la escuela, la fábrica y el mercado de trabajo. Por otro lado, la misma psique humana se ha convertido en un dominio posible para el gobierno sistemático en función de objetivos sociopolíticos. Educar, curar, reformar, castigar – sin duda estos son viejos imperativos-, pero los nuevos vocabularios provistos por las ciencias de la psiquis permiten la articulación de las aspiraciones de gobierno en términos de una gestión experta de las profundidades del alma humana.

Las ciencias psicológicas jugaron otro rol clave, en la medida en que proveyeron los medios para registrar las propiedades, las energías y las capacidades del alma humana. Permitieron que los poderes humanos se transformaran en material que proveyó las bases para el cálculo. El examen constituyó el modelo para todos los dispositivos psicológicos de registro. El examen combinó el ejercicio de la vigilancia, la aplicación de un juicio

normalizador y la técnica de registro material para producir signos calculables de individualidad. Cada uno de los mecanismos de examen de las ciencias psicológicas –de los cuales el diagnóstico psiquiátrico y el test de inteligencia son dos paradigmas– proveyó un mecanismo para conceptualizar la subjetividad como una fuerza calculable. El examen no solo hace visible la individualidad humana, sino que la ubica en una red de escritura, transcribe los atributos y sus variaciones en formas codificadas, permitiendo que sean acumulados, sumariados, promediados y normalizados – en síntesis, documentados. Dicha documentación sobre la psiquis permitió que los elementos de la vida de cualquier individuo que fueran pertinentes para las autoridades pudiesen ser reunidos en un expediente, conservados en un archivo, o transmitidos a un lugar centralizado donde las características de los individuos podían ser comparadas, evaluadas y juzgadas. Los registros pueden ser reunidos para un conocimiento de las características psicológicas de la población como un todo, lo cual puede a su vez ser utilizado para calibrar un individuo en relación con esa población. El registro psicológico de la individualidad permite que el gobierno opere sobre la subjetividad. La evaluación psicológica no es solamente un momento en un proyecto epistemológico, un episodio en la historia del conocimiento: al hacer calculable la subjetividad, hace dóciles a las personas y conduce a que se pueda actuar sobre ellas – y que ellas puedan actuar sobre sí mismas - en nombre de sus capacidades subjetivas.

De este modo, las innovaciones en el conocimiento han sido fundamentales para los procesos por los cuales el sujeto humano ha entrado en las redes de gobierno. Se han inventado nuevos lenguajes para hablar sobre la subjetividad humana y su pertinencia política, se han formulado nuevos sistemas conceptuales para calcular las capacidades y las conductas humanas, y se han construido nuevos dispositivos para inscribir y calibrar la psique humana e identificar sus patologías y sus normalidades. Estas formas de conocimiento han hecho posible la elaboración de “tecnologías humanas”: ensambles de fuerzas, mecanismos y relaciones que permiten actuar desde un centro de cálculo –una secretaría de gobierno, la oficina de un gerente, el despacho donde se planifica una guerra– sobre las vidas subjetivas de hombres, mujeres y niños.

Las tecnologías humanas incluyen la organización calculada de las fuerzas y capacidades humanas junto a otro tipo de fuerzas –naturales, biológicas, mecánicas- y artefactos –maquinas, armas- en redes funcionales de poder. Dentro de tal composición se reúnen elementos que, a primera vista, puede pensarse que pertenecen a distintos órdenes de realidad: diseños arquitectónicos, equipos y dispositivos tecnológicos, profesionales, burocracias, métodos de cálculo, inscripciones, procedimientos de reforma y similares. En éste sentido, el conocimiento teórico hace que el alma sea pensable en términos de una psicología, una inteligencia, una personalidad, y, por lo tanto, permite que ciertos tipos de acción se vinculen con ciertos tipos de efectos. Las técnicas, desde la distribución de los edificios hasta la estructura de los horarios, organizan a los humanos en el espacio y el tiempo para lograr ciertos resultados. Las relaciones de jerarquía, desde la edad hasta las calificaciones y acreditaciones académicas, ubican a los individuos en cadenas de mando y

dependencia, autorizando a algunos a dirigir y obligando a otros a obedecer. Los procedimientos de motivación, desde los mandatos morales hasta los sistemas de pago, dirigen las conductas de los niños, trabajadores o soldados hacia ciertos fines. Los mecanismos de terapia y de reforma proveen los medios gracias a los cuales las técnicas de autorregulación pueden ser reformuladas de acuerdo a los principios de la teoría psicológica. Cuando se forman redes, cuando los relevos, las traducciones y las conexiones vinculan las aspiraciones de las cúpulas políticas con modos de acción sobre las personas, se establecen tecnologías de la subjetividad que permiten que las estrategias de poder se infiltren en los intersticios del alma humana.

Dichas tecnologías de subjetivación ramificadas han tenido consecuencias radicales para la vida económica, la existencia social y la cultura política. Pero esto no nos exige situar su origen o sus principios explicativos en el Estado o ver estos eventos como la implementación de un programa inventado racionalmente o coherentemente para asegurar la dominación de clase. Tal como lo ha propuesto Michel Foucault, necesitamos colocar el azar en el lugar que le corresponde en la historia. Las innovaciones no se han producido frecuentemente para hacer frente a grandes amenazas al orden político, sino a pequeños problemas locales, incluso marginales. Los programas para perfeccionar o cambiar las formas en que las autoridades piensan o abordan los problemas surgen a veces de un aparato político centralizado, pero generalmente son formulados por otras fuerzas y alianzas: clérigos, filántropos, doctores, policías, abogados, jueces, psiquiatras, criminólogos, feministas, trabajadores sociales, académicos, investigadores, jefes, trabajadores, padres. Para hacer efectivos estos programas, algunas veces, ha sido necesario crear legislación, y otras veces ha supuesto la construcción de nuevas ramas del aparato político, pero también el trabajo de organizaciones de caridad, fundaciones, trusts, cámaras patronales, sindicatos, iglesias o colegios profesionales. Las innovaciones realizadas han sido a veces el fruto de inventos radicalmente nuevos, pero otras veces implicaron usos *ad hoc*, combinaciones y extensiones de los marcos teóricos y técnicas existentes. Este tipo de innovaciones esporádicas a menudo no llegaron a nada, fracasaron o fueron abandonadas o superadas. Otras han prosperado, extendiéndose a otros lugares y problemas, e implantándose como entramados de pensamiento y acción estables y duraderos. Dentro de estas pequeñas historias, un patrón más amplio ha cobrado forma, en cuya red todos nosotros, hombres y mujeres modernos, nos hemos enredado.

Por esta razón, las ciencias psicológicas han estado íntimamente ligadas con los programas, los cálculos y las técnicas para el gobierno del alma. El desarrollo de las ciencias psicológicas en el siglo XX ha abierto nuevas dimensiones para nuestro pensamiento. Simultáneamente, ha hecho posibles nuevas técnicas de estructuración de nuestra realidad para producir fenómenos y efectos que sólo ahora pueden ser imaginados. La traducción de la psiquis humana en términos relativos a la esfera del conocimiento y al ámbito de la tecnología, hace posible el gobierno de la subjetividad de acuerdo con normas y criterios que fundamentan su autoridad en un conocimiento esotérico pero objetivo.

Los conocimientos psicológicos se referían, con seguridad, a problemas que surgieron en circunstancias sociales específicas; pero estas circunstancias no predestinaban ni determinaban por ellas mismas los tipos de soluciones propuestos. Los sistemas conceptuales, las filosofías explicativas y las convenciones sobre la evidencia y la prueba ejercieron sus propios efectos, transformando los problemas y preguntas iniciales y al retroalimentando sus lenguajes de clasificación, discusión y evaluación, al articularlos dentro del debate social. Por supuesto, como tantos comentaristas han reconocido, la psicología como disciplina está lejos de ser homogénea: está resquebrajada por sus escuelas competidoras y motorizada por la rivalidad entre modelos explicativos incompatibles, tácita o explícitamente basados en filosofías opuestas. Esta diversidad y heterogeneidad de la psicología ha sido una de las claves de su incesante capacidad inventiva en el nivel conceptual y de la amplitud de su aplicabilidad social. Lejos de socavar sus pretensiones de verdad, ha permitido una diferenciación fructífera en sus puntos de aplicación, lo que le permitió operar con una diversidad de contextos y estrategias para el gobierno de la subjetividad – diferentes formas de articular el poder social con el alma humana.

El dominio experto sobre la subjetividad se ha vuelto fundamental para nuestras formas contemporáneas de ser gobernados y de gobernarnos a nosotros mismos. Esto no se debe a que los expertos se confabularon con el Estado para atrapar, controlar y condicionar sujetos. Las políticas liberales democráticas ponen límites a las intervenciones coercitivas directas en las vidas de los individuos por parte del Estado; por ello, el gobierno de la subjetividad requiere que las autoridades actúen sobre las elecciones, deseos, valores y conductas del individuo de forma indirecta. El dominio experto provee esta distancia esencial entre los aparatos formales de las leyes, los tribunales y la policía, y el moldeamiento de las actividades de los ciudadanos. No logra sus efectos a través de la amenaza de violencia o de represión, sino por la persuasión inherente a sus verdades, gracias a las ansiedades estimuladas por sus normas y en virtud de la atracción ejercida por las imágenes de la vida y del yo que nos ofrece.

Los ciudadanos de la democracia liberal han de regularse a sí mismos; los mecanismos de gobierno los conciben como participantes activos en sus vidas. Ya no se piensa que el sujeto político esté motivado por el mero cálculo de los placeres y dolores. El individuo ya no es, en lo que concierne a las autoridades, el mero poseedor de capacidades físicas que deban ser organizadas y dominadas a través de la implantación de parámetros morales y hábitos de conducta. Sea en el hogar, en el ejército o en una fábrica, los ciudadanos piensan activamente, desean, sienten y hacen, se relacionan con otros en términos de estas fuerzas psicológicas, y son afectados por las relaciones que otros tienen con ellos. Tal sujeto-ciudadano no debe ser dominado para satisfacer los intereses del poder, sino que debe ser educado e incitado a una especie de alianza entre los objetivos y ambiciones personales y los logros o actividades socialmente o institucionalmente valorados. Los ciudadanos modelan sus vidas a través de las elecciones que hacen sobre la vida familiar, el trabajo, el ocio, el estilo de vida, la personalidad y sus modos de expresión. El gobierno trabaja “a distancia” sobre estas elecciones, forjando

una simetría entre los intentos de los individuos de hacer una vida provechosa para sí mismos, y los valores políticos de consumo, beneficio, eficiencia y orden social. Es decir que el gobierno contemporáneo opera a través de una infiltración delicada y minuciosa de las ambiciones de regulación en el interior mismo de nuestra existencia y de nuestra experiencia como sujetos.

Debido a esto, las tecnologías de la subjetividad existen en una especie de relación simbiótica con lo que uno podría denominar “técnicas del yo”: las formas en que estamos capacitados para actuar –por medio de lenguajes, de criterios varios y de técnicas que se nos ofrecen– sobre nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestros pensamientos, y nuestras conductas con el fin de lograr felicidad, sabiduría, salud y realización. A través de la auto-inspección, la auto-problematización, el auto-monitoreo y la confesión, nos evaluamos a nosotros mismos según los criterios provistos por otros. A través de la auto-reforma, la terapia, las técnicas de cambio corporal, y del moldeamiento calculado del habla y la emoción, nos ajustamos nosotros mismos por medio de técnicas propuestas por los expertos del alma. El gobierno del alma depende de que nos reconozcamos a nosotros mismos ideal y potencialmente como cierto tipo de personas; admitamos el descontento generado por un juicio normativo sobre lo que somos y podríamos llegar a ser, y la incitación a superar esta discrepancia siguiendo el consejo de los expertos en el manejo del yo.

Al hacer de la subjetividad el principio de nuestra vida personal, de nuestros sistemas éticos, y de nuestras evaluaciones políticas, lo irónico es que creamos que, libremente, estamos eligiendo nuestra libertad. Si los estudios que siguen tienen un objetivo subyacente, es el de contribuir a la escritura de una genealogía de esa libertad.

Capítulo uno

La Psicología de la Guerra

Toda guerra, sin duda, se lleva a cabo dentro de la mente de los combatientes tanto como sobre su carne y dentro de su territorio. En la Segunda Guerra Mundial, esta batalla por la mente incluyó, no solo a los soldados, sino también a los civiles. Pasó a ser competencia de organizaciones especiales, expertos y técnicos. La guerra produjo nuevas formas de pensar el funcionamiento de las organizaciones en términos de “ingeniería humana”; el uso racional del factor humano en la administración de las instituciones y la sociedad se presentó como una posibilidad urgente y real. La guerra también hizo surgir nuevos modos de construir la vida institucional, en términos de “relaciones humanas” y “el grupo”. Las relaciones emocionales y personales entre los individuos se hicieron centrales para las teorías y las prácticas psicológicas. Se inventaron formas de calibrar factores psicológicos como “personalidad” y “actitud”, produciendo nuevas formas de calcular las relaciones entre la subjetividad humana y los objetivos administrativos, no solo en la milicia, sino también en las fábricas, la familia y la población en general. En el proceso, se establecieron nuevas relaciones entre psicólogos, psiquiatras, antropólogos y sociólogos, y se establecieron nuevas bases sobre